DON RODRIGO

Por TELESFORO DE TRUEBA

¡Desgraciada España! ¡Cuántos días de guerras y de estragos han de llevar el duelo a tus chozas y ciudades! Las osadas plantas de un enemigo feroz, hollarán las tiernas flores que brotan de tu seno, y apenas hallará el segador angustiado algunas mustias espigas en los campos empapados con la sangre de tus mejores hijos. La calamidad más cruel y temible, la esclavitud descargará airada sobre ti su férreo brazo... ¡Oh, España infelice!... Tú purgarás, de un modo inaudito, los crímenes de un mal rey, llevando el castigo de sus culpas... ¡Rodrigo, Rodrigo!..., contempla los males que acarreas a tu patria..., la triste herencia de horrores y miserias que legarás a tus descendientes...; pero tiembla y sabe que aún será mil veces más horrible la execración que acompañe a tu detestado nombre, hasta las edades más remotas...

Despertóse don Rodrigo lleno de consternación y sobresalto. Los siniestros acentos que así turbaran su sueño, zumbaban todavía en sus oídos; mas en vano buscaba ahora al fantástico sér, al desapacible profeta cuya triste y agorera voz le tuviera tan agitado. Aquel venerable fantasma, en cuyas lúgubres facciones se revelaran las penas de su alma, había desaparecido ya, y por mucho que reconociera Rodrigo la regia estancia, no le era dable volver a percibir la imagen de Ataulfo, el fundador de la Monarquía goda en España.

—Era un sueño—pensó el rey, vivamente conmovido—; pero un sueño capaz de atemorizar al corazón más esforzado... ¡Predicción fatal! A la vez amenaza mi reino y mi persona...— Aquí se detuvo, convencido de que fuera víctima de una pesadilla, y restablecida toda su serenidad, añadió con una sonrisa de menosprecio: —¡Por qué será que me haya turbado semejante ilusión! Esta profecía no puede realizarse... Lejos, pues, de mí, pueriles terrores..., jamás tendréis cabal cabida en el corazón del rey de los godos...

Esforzóse el monarca en desvanecer la impresión que le causaran las azarosas imágenes que le había presentado su sueño; pero con mengua de su reconocido valor y de todos los conatos de la voluntad, no pudo arrojar de su seno cierta sensación horrosa a la par que terrible. Resuelto a cortar el hilo de tan importunas ideas, y queriendo anegar en estrepitosos placeres la molesta voz de los remordimientos, trató de reunirse con sus amigos cortesanos, y ya iba a ejecutar su proyecto cuando detuvo sus pasos el eco de un profundo suspiro, que llamó vivamente su atención. En uno de los ángulos de la estancia estaba sentada una joven, cuyo exterior demostraba la aflicción más vehemente. Los rizos de su hermosa caballera caían profusamente por encima de sus blancos hombros, y sus brillantes y llorosos ojos estaban fijos en Rodrigo, con una expresión dotada a la vez de sufrimiento y dolor. El rey se estremeció de sorpresa, pero recobrando al punto su calma, acercóse a la hermosa dama con aire dulce y afectuoso.

—Vamos, Florinda—la dijo, cogiéndola cariñosamente la mano—; tu pesar es ya demasiado duradero..., quizá sea algo irracional.

—¡Pérfido rey!...—exclamó ella, con

tono amargo y sentido—. ¿Y qué puede quedar ya a la degradada Florinda, excepto sólo su pesar, un pesar en tanto más profundo como que es más infructuoso e inútil?... ¿Acaso no soy blanco del menosprecio de toda tu desmoralizada corte?... ¿Qué puedo esperar ahora sino baldón y miseria de esta vida que tú has vilipendiado? Cesa, no me hables de consuelos ni esperanzas..., semejantes palabras en tus labios añaden la irrisión al insulto y aumentan, a lo sumo, el cúmulo de los yerros que has cometido para conmigo.

—¿Qué he hecho, pues, para merecer tales reproches?...—preguntó el monarca con un tono de indiferencia más duro aún para Florinda, que la misma cólera o el furor—. ¿Por ventura tu rey no te ama ahora con más ardor, con más pasión que nunca?

—No...—respondió Florinda—; en vano se esfuerza por fingir un sentimiento que ya no experimenta... ni puede volver a experimentar. La saciedad ha sucedido a la vehemente y desenfrenada pasión que le devorara un día... Sabe bien que sólo puede oir ya de mi boca amargas lamentaciones y quejidos...

—Eres injusta, Florinda; siempre te amo del mismo modo...; pero los deberes de mi Corona...

No pudo terminar la frase; su rostro se sonrojó a pesar suyo, y Florinda le clavó una mirada llena de enojo y desdén.

—Entonces, ¿por qué os encargabais de semejantes deberes, si impedían el cumplimiento de otros más obligatorios y sagrados? ¿Dónde está la reparación debida a mi ultrajado honor? ¿Dónde fueron los juramentos que me hicisteis de restituirme la honra que me arrebató vuestra violencia?... Lo veo bien..., siempre me habéis tratado como juguete, ya que no como a una esclava.

—¡Cómo esclava!... ¡Ah! Sabe que siempre has sido y serás mi reina...

—¡No!...—volvió a exclamar Florinda, llena de indignación—. Jamás he sido reina más que de nombre, porque tus palabras eran una perfidia... y aún ahora mismo renuncias a mantener esta vana ilusión, puesto que tomas a Egilona por esposa legítima y reconocida. ¿Es ésta la recompensa que reservabas a mi credulidad y sufrimientos?... ¿Era digno de un caballero o tal vez merecía la hija del conde don Julián, el estado de degradación a que la has reducido? ¿No bastaba que la sumieras tan hondamente en la vergüenza y el dolor, para que ahora la negaras el título de esposa, único que pudiera salvarla de su estado de abyección y con mengua de tus votos y promesas dieras tu mano a otra mujer?. Y dime ahora, después de un proceder tan inicuo, ¿es digno, no diré de un príncipe, sino de un hombre, insultar con las protestas de un mentido afecto a la infeliz a quien así has perdido?... Pero, ¡ay de ti!... No creas que tu alevosía deba quedar impune... Si yo fuese sola en el mundo, mi corazón y mi mano no rechazarían el cuidado de mi propia venganza; pero no es menester que tal haga..., tengo padre, y un padre tan poderoso que el mismo rey de los godos debe guardarse de su enojo. El golpe que has descargado en mí, ulcera a la vez su honor, y su venganza será tan terrible y cruda como imperdonable tu crimen.

Escuchó Rodrigo sin la menor emoción la primera parte de los reproches de Florinda, pero se encerraba tal misterio en la amenaza que contenían sus últimas palabras, que no pudo menos de turbarse considerablemente. Conocía bien los yerros que había cometido para con la dama, y no se le ocultaba el implacable genio del conde don Julián, ni el poder de que éste gozaba para llevar a cabo cuantos planes de venganza pudiese imaginar. Mas por mucho que contase con el interés que la misma Florinda tenía en encubrir secretamente su deshonra, no por esto dejó de alarmarse y recelar del resentimiento de su padre. De todos modos, procuró disimular sus temores y con la mayor serenidad preguntó a Florinda qué significaban aquellas vanas amenazas.

—Mis labios no han proferido amenazas vanas—respondió la dama con alguna más calma—; mi plan está formado y es fuerza que se realice... El conde don Julián sabe, por mi mismo relato, tus faltas para con su hija y el deshonor que mancilla el antes puro lustre de su casa.

—¡Qué demencia!...—exclamó el rey. —¿Qué puedes ganar con hacer pública tu vergüenza por toda España?... En cuanto a la venganza de tu padre, no la temo..., conozco al conde don Julián, sé que es muy orgulloso y arrogante, pero no se atrevería a declararse contra su rey y señor

—Eso lo dirá el tiempo—gritó una voz fuerte y varonil, y en el mismo instante se presentó en la estancia real un guerrero armado de punta en blanco. Florinda arrojó un ahogado suspiro y don Rodrigo quedó como consternado al reconocer al conde don Julián.

—¡Rey indigno de la corona goda!...—exclamó el anciano, dirigiéndose altivamente hacia el monarca—, contempla en mí al padre deshonrado de esta infelice que tiembla sólo al verte y en tanto que tu corazón, si es humano, se estremece a esta vista, oye cuál invoco sobre tu cabeza la venganza y maldición del cielo.

—¡Retírate, vasallo rebelde...—exclamó el rey, cuyo furor comenzaba a inflamarse—. Sal de mi presencia... Desprecio tus amenazas, pero si tu insolencia continúa podría hallar el castigo que se merece.

—Si llamas insolencia a la relación de la injusticia y tiranía de un rey degenerado—prosiguió el conde—, todavía no lo has oído todo y, por cierto, que no bastarán tus órdenes para acallar mi ultrajado honor. Tú afectas menospreciar mis amenazas, pero sabe que aún te menosprecio a ti... Ahora, ahora mismo, tu vida está en mis manos...; un solo golpe de esta arma, de esta espada, que sólo se ha deshonrado al usarla en tu servicio, bastaría para librar a mis ojos de la vista de un monstruo indigno del encumbrado puesto que ocupa; mas tu vida sola sería una reparación muy leve para la grave injuria que has hecho al conde don Julián.

Don Rodrigo hizo un movimiento para coger su espada, pero estaba desarmado; el conde empuñó nuevamente la suya y prosiguió su amenazador discurso:

—No temas; por ahora se halla segura tu vida, me basta con haberte hecho ver que estaba en poder mío y abstendré de verter una sangre, de la que tengo ardiente sed. La hora no ha llegado aún; ya volveremos a vernos, y a la sazón será el término fatal de la vida de uno u otro. Pero hasta entonces, es seguro que Rodrigo maldecirá en la amargura de su corazón sus crímenes y su osadía, lamentando mil y mil veces la mancilla que ha impreso en el honor del conde don Julián.

Dirigiéndose después hacia su hija, entregada a una muda desesperación, la dijo con tono severo y solemne:

—Y tú, pobre desdichada, cubierta de ignominia; tú, que fuiste un día mi orgullo y placer; tú, que has causado y ahora llevas también la vergüenza que jamás pudo pensarse cubriera un día mis canas, sígueme y ven conmigo a buscar en una insigne venganza la única reparación que puedas obtener ya en este mundo.

Hablando de este modo, tomó el brazo de su hija y se salió con ella de la estancia, antes que el rey pudiese volver en sí, de la agitación causada por las amenazas del conde.

Don Rodrigo permaneció algunos instantes presa de los sentimientos más contradictorios y sumergido en la mayor incertidumbre acerca de su proceder. La audacia del conde inflamaba su enojo y su primer impulso fué de llamar a sus guardias ordenando su prisión; pero no lo verificó, puesto que quedó convencido de la inmensidad de la injuria causada a aquel guerrero que siempre le fuera tan fiel, y cuyo valor le asentara en el trono de sus mayores. Tampoco podía dejar de ver al padre deshonrado, en el vasallo insolente, y su conciencia le decía que si el conde se había propasado en su habla, servía de excusa muy plausible la provocación recibida. Por otra parte, el rey de los godos apenas sabía cuál podría ser el resultado de una tentativa para mandar arrestar al conde; sus sienes ceñían sólo la corona por el precario derecho de una usurpación, y no ignoraba que existía un poderoso partido entre la nobleza goda, que llevaba el secreto designio de colocar en

el trono a uno de los hijos del último rey Witiza.

Todas estas consideraciones determinaron al rey a reprimir su primer arrebato de cólera contra el padre de Florinda, y por cierto que habría sido bien venturoso para sí y para su patria, que tan justas reflexiones hubiesen ejercido en él un influjo análogo, antes que con mengua de su honor y sus deberes cometiera el ultraje por el cual se le amenazaba ahora con aquella terrible venganza.

Aun antes que don Rodrigo usurpara la corona, profesaba ya la más violenta pasión hacia la hija del conde, y aunque ésta eludiera constantemente el atender a sus protestas de amor, porque no iban acompañadas de proposiciones honoríficas, no por esto cejaba el mozo en sus obstinadas instancias y obsequios. Cediendo el corazón de Florinda a las repetidas declaraciones de ternura y constancia de un amante tan noble, gallardo y generoso, quien poco a poco agregó a sus demás dotes el deslumbrante brillo de una corona, no tardó en olvidar las prudentes resoluciones que antes tomara. Los juramentos así prodigados tomaron un viso de sinceridad, y si como el amor sedujera su alma, la halagüeña esperanza de ser reina lisonjeó vivamente su ambición. Por último, hízola el rey formal oferta de su mano, añadiendo, empero, que poderosas razones de Estado impedían la celebración de su matrimonio con aquella premura que deseara su amor. Florinda había dado demasiada cabida en su pecho al coronado amante; su resistencia a las súplicas de Rodrigo fué cediendo a medida que aquéllas aumentaban, y por muy quiméricas que fuesen las razones alegadas por el monarca para diferir su enlace, parecieron a Florinda argumentos irresistibles, hasta que, víctima al fin de su amor, no tardó en llevar el castigo que debe prometerse toda mujer que se olvida de lo que debe a su misma honra y decoro.

Satisfecho el deseo, la frialdad tomó su lugar en el corazón de Rodrigo, y la indiferencia preparó en él la inmediata entrada al olvido. Pero si la viva imaginación de las mujeres es ya de suyo tan recelosa cuando está conmovida su sensibilidad, qué de inquietud no experimentan cuando sienten u observan que por un acto de imprudencia han comprometido sus más caros intereses. Pronto conoció Florinda la diferencia que media entre el amante que desea y aquel que está satisfecho; una vez entibiada la pasión del rey, ya no le precavió contra las poco generosas reflexiones que inspira frecuentemente el egoísmo al hombre que ha logrado sobrada confianza en una mujer. Las tiernas quejas de Florinda comenzaron a enojarle, y cuando ésta le recordaba sus promesas, sólo veía en ellas una injusta presunción. No obstante, un leve resto de lástima, obligaba aún a Rodrigo a mantener la ilusión de su víctima y a no despertarla con demasiada violencia de su dorado sueño. La tarea era difícil, puesto que no es tan fácil alucinar a una mujer amante y celosa... Por fin decidióse a sacudir el yugo de su penoso disimulo, y violando los juramentos más sagrados, dió su mano a la linda Egilona, quien obtuvo el título de reina, en recompensa de su fortaleza y constancia en resistirse a las instancias de un rey.

Entonces conoció Florinda toda la extensión de su infortunio. En vano se esforzaba Rodrigo por restañar con mil protestas de ternura las heridas que causara en un corazón que le había amado; en balde pretendía alegar que poderosas razones de Estado le obligaron a dar su mano a Egilona, al paso que su corazón pertenecía enteramente a su rival; este miserable subterfugio obtuvo sólo el desprecio que se merecía. Florinda pudo medir la inmensa profundidad de la cima en que se había abismado; pero las lágrimas no podían remediar sus cuitas; las súplicas no podían volverla un corazón enajenado; las lamentaciones y quejas no eran suficientes para precaverla de la vergüenza que debía acompañar a su nombre. Su desesperación tocó en frenesí; quedábale aún un consuelo: la venganza... Escribió, pues, a su padre narrándole la fatal historia. El conde se presentó en la corte, y su entrevista con el rey fué el funesto precursor de una venganza que tantos males y tantas calamidades debía atraer sobre sus desgraciados compatriotas.

Luego que el conde hubo dejado al rey, dirigióse a casa de su hermano, el arzobispo de Toledo, don Oppas, hombre que gozaba de gran valimiento en todo el reino. Este indigno prelado no necesitaba de que se le excitara para entrar en planes de traición contra un soberano, puesto que hallándose adicto a los intereses de los hijos de Witiza, y habiendo sufrido alguna leve ofensa por parte de Rodrigo, únicamente pensaba en la venganza. Lleno de júbilo y alborozo, adoptó el plan que concibiera el conde, para la perdición del rey; plan infernal, traición hasta entonces sin ejemplar en los mismos anales del crimen. El conde don Julián, en su calidad de gobernador de Ceuta, poseía una de las llaves de España, y decidido a violar la confianza del rey, haciendo traición a todos sus deberes, se resolvió a llamar a los moros, invitándoles a que vinieran a apoderarse del reino cuya custodia le estaba en parte confiado; comprando así con esta criminal y horrible perfidia, la reparación que consideraba única suficiente para lavar la injuria que su honor recibiera.

La conspiración fué tomando incremento con el apoyo de un gran número de nobles que abrazaron su causa. Aunque fuesen muy diversas las causas que influían en su proceder, no obstante todos de consuno llevaban la idea de asentar en el trono al heredero de Witiza, dado caso de que los moros consintieran en prestarles ayuda. El complot acrecía por momentos, y el conde don Julián comenzó a entrar en secretas relaciones con el general Muza Ben Nazir, quien de acuerdo con el califa Walid, envió a España a Tarif, su teniente, con un considerable ejército. Desembarcado en Tarifa (1), comenzó a reconocer el país, y quedando agradablemente sorprendido a vista de su fertilidad y riqueza, envió de ello a Muza, una relación engalanada con toda la pompa de las metáforas orientales. Resuelta, pues, la conquista de España, y ayudados los moros de sus pérfidos aliados, comenzaron a dirigir todos los conatos hacia este fin, blanco predilecto de sus deseos y afanes.

Lisonjeárase don Rodrigo de que quedarían estériles las amenazas del conde, o que a lo menos abortarían, dado caso de que intentase llevarlas a cabo, por consiguiente, fácil es de suponer la impresión que sufrió al recibir la infausta noticia del desembarque de los moros. Al momento se quitó don Julián la máscara, reuniéndose presuroso a las tropas de Tarif, al frente de una numerosa comitiva formada de los elementos más heterogéneos, puesto que figuraban mano a mano con algunos caballeros godos buen número de judíos y arrianos, secta que hasta la sazón tuviera alterada toda España. Sin embargo, el indigno Oppas no se movió de Toledo, y so capa de fidelidad, trabajó ahincadamente en llevar adelante sus detestables planes.

Rodrigo reunió con gran premura las tropas que estaban a su disposición, y ordenó a Edeco, uno de sus generales, que marchase contra los moros; pero antes de que se pusiera en movimiento su ejército, tuvo aviso de que Tarif se había vuelto ya a Africa. Esta noticia calmó un tanto los temores del rey, lisonjeándose en lo íntimo de su orgullo, que atendido el estado de defensa, los recursos y fuerzas de su reino, había creído prudente retirarse el invasor, y viendo que el único enemigo que quedaba era el conde don Julián, resolvió atacarle en su castillo de Algeciras; mas esta plaza estaba tan bien fortificada, y su guarnición era tan numerosa, que se aconsejó al rey que no pensara en acometerla, hasta que hubiese tomado todas las medidas oportunas para el feliz éxito de su empresa.

A la sazón había en Toledo un señor godo que reunía todas las prendas y calidades que forman un caballero virtuo-

(1) Tartesso.

so y esforzado. Era primo del rey, y se llamaba Pelayo. La conducta de este guerrero, cuya magnanimidad y hazañas tanto le distinguieron en lo sucesivo, ofrecía el contraste más singular comparada con la del monarca, puesto que nunca aparecían con mayor negrura la prodigalidad, la desmoralización y el orgullo de Rodrigo, que cuando se oponían a la integridad, nobleza y honradez de su desinteresado primo. Parecía que Pelayo reuniera en su persona todas las virtudes de los guerreros godos, sus mayores, a una gracia y cortesanía bien poco comunes en su siglo.

Por grande que fuera la amistad que unía al rey y a su primo, no obstante con frecuencia se elevaban los más vivos altercados entre ambos. Pelayo que veía mucho que reprender en el comportamiento del rey, no perdonaba observaciones y censuras que aun cuando viniesen de pariente tan allegado, no eran menos desagradables para Rodrigo; y por desgracia, en la presente ocasión, no faltaron motivos para que entre una y otra parte mediaran agrios reproches y funestos resentimientos.

—¡Qué es esto, don Rodrigo, qué es esto!—exclamó Pelayo, lleno de indignación—; puede haber guerra más humillante que la que se origina de una vergonzosa pasión satisfecha tan bajamente? Pero ya que el mal está hecho, ¿por qué no poner coto a los peligros que puede acarrearnos? En vez de esforzaros por hacer tomar una actitud belicosa a la nación, continuáis entregado a la disipación y a los placeres... ¿Cómo es posible que vuestros miembros enervados con la seda puedan soportar el peso de una armadura?... ¿Qué milagro infundirá un hombre sumido en la molicie de una corte corrompida, aquella fuerza y resolución tan necesarias para sostener las fatigas de la guerra? ¡Maldita sea vuestra criminal pasión, maldita sea también la mujer cuyos perniciosos halagos nos han atraído una calamidad tan espantosa... Estamos llamados a empuñar las armas, no para sostener una causa gloriosa y justa, sino en defensa de la criminosa debilidad de nuestro rey, y para librarle de la justa venganza de un padre con tanta razón irritado:

Moviérale a don Pelayo para hacer tan atrevidas demostraciones al rey la nueva recién llegada de un segundo desembarco de Tarif; las comunicaciones eran muy alarmantes, tanto respecto al número de los enemigos, como a la situación interior del país. Los excesos del rey le habían hecho odioso a gran número de sus vasallos, quienes esperaban ansiosos semejante ocasión para demostrarle su hostilidad. Desde la primera retirada de Tarif, se había dormido Rodrigo en el seno de los placeres, sin cuidarse de los riesgos que de continuo le cercaban, en tanto que el conde don Julián conservase la libertad y la vida. Valiéndose Pelayo de su noble audacia había querido despertarle; pero su franqueza no plugo a Rodrigo y afectando resistir al poderío que ejerce siempre la virtud animosa sobre el irresoluto vicio respondió en tales términos que ocasionaron un inmediato rompimiento.

Llevado el noble godo de una irresistible indignación hizo voto de no volver a presentarse en la corte de Rodrigo, y se encaminó a su castillo, introduciendo con su partida de Toledo el desaliento y la inquietud en el ánimo de los españoles. Todas las clases del pueblo le consideraban como el más valiente y apreciable de los godos, y por consiguiente, como el hombre cuya asistencia era más de desear en momentos tan espinosos, pues nadie creía que Edeco, el favorito real, fuese capaz de llevar las huestes que mandaba a la victoria que tanto era menester.

Corría a la sazón por toda España un crecidísimo número de adivinos, que no cesaban de predecir el próximo fin del poder de los godos, circulando entre el pueblo mil y mil diversas versiones acerca del modo como se verificaría este suceso. La opinión general creía que los criminales excesos del rey serían la causa inmediata de la catástrofe; pero la disolución de Witiza, monarca no menos desenfrenado que su sucesor, no había traído tampoco la ruina de su imperio, y esto era un irrecusable ejemplo que se alegaba en pro de los desmanes de don Rodrigo. Sin embargo, el número de los profetas acrecía; sus predicciones cobraban mayor crédito, y por doquiera aparecían funestos agüeros que confirmaban en extremo la supersticiosa creencia del pueblo.

Con razón pudiera haberse sospechado que existían algunos individuos interesados en propalar tales ideas por el reino; hasta el mismo rey comenzaba a azorarse de los alarmantes presagios de aquella próxima calamidad, y resuelto por fin a rasgar el velo de su destino, se propuso consultar todos los oráculos que pudieran revelarle la verdad. Al efecto tomó la atrevida determinación de ir a reconocer cierto lugar, de suyo tan temido, que el godo más intrépido y audaz se estremecía con sólo de oir nombrarle.

A corta distancia de Toledo había un profundo y misterioso vallecito, situado entre dos escarpadas peñas, terror del extraviado u osado viandante. En este solitario sitio se veía un añejo edificio, muy trabajado por los estragos del tiempo, a pesar de que sus venerables restos atestiguaban que la fábrica fuera esplendísimamente construída, bajo un singular y desconocido estilo arquitectónico. Cualquiera lo habría tomado por una fortaleza, y aunque persona alguna pudiera decir quién lo había construído, no obstante, cierta tradición muy boyante y admitida, afirmaba que era obra de unos seres sobrenaturales, y que de ella dependía el destino de los godos. Debajo del edificio había una inmensa caverna, en la cual sólo podía penetrarse por una grieta abierta en la peña, y cerrada con una puerta de bronce que tenía tres candados, uno de oro, otro de plata, y el tercero de hierro; en la misma puerta se veían algunos signos jeroglíficos que según la propia tradición, ofrecían importantísimas revelaciones a cualquiera que tuviese la audacia de penetrar en las tenebrosas entrañas de la caverna. También se añadía, y era cosa muy creída, que diversos reyes, llevados de la esperanza de encontrar un tesoro, probaran un día de penetrar en el temido antro; pero que la puerta no había podido ser forzada, ni se habían hallado llaves que fuesen suficientes para abrir los candados; siendo el único fruto de aquellas tentativas la percepción de unos espantosos gemidos, que llenaran de terror a todos los asistentes. Estas razones retrajeron a los últimos godos de la repetición de tales ensayos, y estos agrestes y fatídicos lugares quedaron gozando luengos años de la tranquila y nunca más alterada posesión de su solitaria grandeza.

La maravillosa importancia fijada a esta cueva había cobrado tal valía entre la plebe, que desde los tiempos de Witiza, y aun cuando al advenimiento de Rodrigo al trono, fuera constante pábulo de las hablillas y comentarios del vulgo. No faltaba quien asegurase que desde la época del primer desembarco de Tarif en las costas de España estaba envuelta la portentosa torre en una luz sobrenatural, y que se veía ondular en su cima una gran bandera de seda carmesí, adornada con una media luna; cuyo fenómeno desaparecía con la aurora para volver a presentarse durante la noche.

Este prestigio era considerado generalmente como una indudable señal de la caída del rey de los godos y de la ruina de su poder, destruído por los musulmanes; por cuya razón fuera mucho mayor la alarma producida por la invasión de los moros. Era tanta la barbarie e ignorancia del siglo, que estos supersticiosos recelos hallaban cabida aún en el alma de gran número de caballeros y cortesanos; y los misterios del valle, de la caverna y de la torre, eran el exclusivo argumento de todas las conversaciones. Luego que el rey recibió la nueva del regreso de Tarif, resolvió penetrar en aquellos temidos sitios, con mengua de las representaciones de Pelayo, cuyo firme y despreocupado espíritu le aconsejaba que trabajase activamente en rechazar la invasión, valiéndose, al efecto, de los medios humanos más conocidos, en vez de pensar en una

empresa que ninguna utilidad ni ventaja podía reportarle.

La ruptura de Pelayo y la consternación que gravitaba en el ánimo de Rodrigo, luego que principió a reflexionar acerca de las calamidades que amagaban a su pueblo, acabaron de decidirle a la consulta del oráculo, mayormente cuando ya no tenía que temer observaciones ni reproches. Comunicó, pues, su intento a tres o cuatro de sus más fieles partidarios, y éstos, por mucho que fuera su terror, consitieron al cabo en acompañarle a su expedición.

En lo silencioso de la noche y envueltos en el mayor secreto, salieron de Toledo el rey y sus compañeros, dirigiendo sus pasos hacia el valle. La noche era tenebrosa en extremo, y aunque apenas fuesen las diez, sin embargo, todos los habitantes de la ciudad se hallaban entregados ya al más profundo sueño. Como la distancia era corta, no tardaron en llegar los romeros al lugar de su destino, a pesar de las dificultades que tuvieron en hallar el camino, puesto que se evitaba con tanto esmero el temido valle, que no había rastro de senda alguna que a él guiara o condujese.

—¡Dios eterno!...—exclamó Suintila, uno de los compañeros del rey—. Veo una luz sobrenatural y la sangrienta bandera de la infiel media luna...

—Adelante, animoso godo...—dijo Rodrigo con tesón—, he venido a consultar mi destino y no será dichoso que un impulso de horror me haya retraído de mi resolución. Hemos venido en busca de presagios terribles y debemos prepararnos a recibirlos con firmeza.

Diciendo así, prosiguieron su marcha; pero en cuanto se hallaron algo más cerca de la torre, no pudieron evitar un involuntario sentimiento de terror. Pronto distinguieron el edificio y después la temida puerta de bronce; pero observaron que, aun cuando rodeara a la torre una brillante aureola de luz, no por esto eran menos densas las tinieblas que les cercaban; y las mismas antorchas que llevaban para alumbrar sus pasos, apenas bastaban para difundir un débil y escaso resplandor. Llegados, por fin, casi a tientas a la entrada de la caverna, adelantóse Rodrigo hacia ella; mas luego que hubo tocado el candado de hierro, se abrió estrepitosamente la puerta por sí misma; oyósé despues un ruido interior parecido al retumbo de un trueno, y saliendo un impetuoso viento de las entrañas de la tierra, apagó la hacha que el rey llevaba en las manos.

Percibióse entonces un prolongado suspiro, a cuyo sonido, no pudiendo ya dominar su terror los compañeros del rey, emprendieron una precipitada fuga. Pero Rodrigo no se inmutó en lo más mínimo y levantando una antorcha aún encendida, que soltara uno de sus fugitivos cortesanos, penetró intrépidamente en la caverna. Ningún obstáculo se opuso a su marcha, y bajando una suave rampa abovedada se halló en una sala asaz singular. Las paredes parecían de un mármol blanco transparente, y en ellas había gran número de letras encarnadas e inscripciones jeroglíficas, que el rey no podía comprender. Pero lo que sobremanera llamó su atención fué un gran número de estatuas ecuestren que rodeaban la estancia; los jinetes, armados de punta en blanco, tenían una traza extranjera, y ni sus trajes ni sus armas eran conocidos en España. Adelantóse Rodrigo hacia el centro de la sala, y en aquel punto se ofreció a su vista un notable espectáculo: era una estatua colosal, pintorreada de un modo muy extravagante y cuyos ardientes ojos parecían salirse de sus órbitas. El brazo irquierdo lo apoyaba en un haz de sangrientas armaduras, al pie del cual había una porción de guerreros godos degollados, y con la mano derecha sostenía una enorme porra, con la que pegaba de vez en cuando en la peña, con un ruido que, repitiéndose por los ecos de la caverna, se asemejaba al mugido que producen las embravecidas olas del Océano cuando se confunden con el violento retumbar del trueno. En el pecho de la estatua había un cartel con una inscripción en caracteres góticos, que decía: "Por esta gente será en breve destruída España." Durante un corto espacio permaneció quieta la estatua, sin golpear el suelo; pero, de repente, dió un nuevo porrazo con su maza, y fué tal el estrepitoso eco que resonó en toda la caverna, que llenó de terror, sorpresa y consternación, se salió el rey de tan tremendo antro, cerrándose la puerta con gran fuerza en el momento mismo en que hubo pisado sus umbrales (1).

Don Rodrigo volvió en tanto a Toledo, lleno de inquietud y desaliento. Notició a sus compañeros el espectáculo que había presenciado, encareciéndoles, empero, el silencio, puesto que en el estado en que a la sazón se hallaba el reino, podía traer las peores consecuencias la divulgación de tales misterios. Pero a despecho de los siniestros presagios que le inspirara su aventura, resolvióse el rey a luchar contra el destino y a defender vigorosamente su corona. Es menester hacer la justicia de confesar su reconocido valor, esfuerzo y perseverancia, prendas que le valieran grande nombradía antes de su advenimiento al trono, más que por desgracia, había embotado, ya que no destruído, la disipación de su corte. Sin embargo, viendo llegado el momento en que necesariamente debían recuperar su energía, se resolvió el monarca a ostentarles, desplegándolas en toda su primera extensión.

Principió, pues, desdeñando las supersticiosas ideas del pueblo y dando órdenes para que se tapiara la entrada de la caverna mágica, como en prueba del desprecio que le merecían las maravillas que de ella se narraban; pero, en realidad, con intento de que ninguna otra persona pudiese presenciar los fatales fenómenos que amenazaban al reino y a sí mismo. Acto continuo llamó a las armas a toda la nación, y habiendo expedido un considerable cuerpo de caballeros y soldados que secundaran los esfuerzos de Edeco, enviado ya de antemano contra Tarif, se dió una batalla muy sangrienta, en la que fueron rotos los godos junto a un monte, al cual dió su nombre el caudillo Sarraceno, como en memoria de su triunfo (1). Pronto llegó a Toledo la nueva de este desastre, redoblándose con ella el terror de sus habitantes; mas el rey, sin turbarse por la alarma popular, tomó nueva providencia para defensa del país. ¡Feliz España si siempre se hubiese mostrado tan solícito en su custodia! Todas las órdenes dadas fueron obedecidas puntualmente; presentábanse de continuo gran multitud de prelados, grandes y vasallos que se acogían al pendón real, y al cabo de muy corto tiempo, don Rodrigo pudo hallarse al frente de un formidable ejército, compuesto de más de cien mil guerreros.

Este inmenso aparato disipó todos los temores del rey y ya no volvió a recordar su imaginación, el horrendo espectáculo de la caverna, llamando en su auxilio a la razón para recusar la terrible inscripción leída. También trató de persuadirse de que aquella escena fuera preparada por sus enemigos, o que dado caso que el prodigio fuese verdadero, tal vez la profecía se refería a otros tiempos. Tranquilizado con estas ideas, se dispuso para marchar contra el enemigo que invadía su reino, y reunidas sus pujantes huestes en las llanuras de Toledo, las arengó lleno de vehemencia, prometiendo llevarlas a la victoria. Sin embargo, había mucho descontento entre los soldados, por la ausencia del mejor de los guerreros godos, y Rodrigo comenzaba ya a arrepentirse del funesto altercado que le privara del brazo y consejos de Pelayo.

El ejército principió su movimiento hacia el Sur; pero apenas habría caminado una legua, cuando se divisó una cabalgata que en el mejor orden se dirigía hacia su encuentro.

—¡Son amigos!...—exclamó el rey lleno de sorpresa, puesto que ya no contaba con mayores esfuerzos—. Su porte marcial indica que son caballeros godos, cuanto más que no es posible que los enemigos hayan penetrado tan tierra dentro.

Casi en el mismo instante se oyeron vivísimas aclamaciones de gozo en la

(1) Mariana.

(1) Chébel-Tarif o el monte de Tarif: hoy día Gibraltar.

vanguardia y los gritos de ¡Pelayo! ¡Pelayo!, parecieron como precursores de la victoria. Erase, en efecto, este noble godo, quien venía a reunirse con el rey al frente de sus amigos, y acercándose hacia Rodrigo, con un aire de cordialidad correspondido francamente por el monarca. habló de esta manera:

—Hice voto—dijo—de no volver a parecer en la corte de Toledo, y lo cumpliré religiosamente en tanto que viva el rey Rodrigo; pero nunca me he comprometido a rehusar a España el socorro de mi brazo, en momentos de amargura y de peligro. Jamás me harán olvidar mis injurias personales de lo que debo a mi patria... ¡Malditos sean los traidores que por saciar su venganza urden la ruina de la nación!

Diciendo estas palabras, dirigió una expresiva mirada a don Oppas y a sus sobrinos Witiza y Sisebuto, los cuales se hallaban cercanos a la persona del rey, afectando un celo exagerado a favor de la causa de la patria. Nunca se había fiado de ellos Pelayo y de buena gana les habría separado del ejército con todos sus allegados, pero juzgó mejor disimular sus sospechas para no sembrar la discordia entre las tropas. El ejército volvió a proseguir la marcha, con más trazas de cuadrilla que se dirige a una fiesta, que de legiones próximas a dar una batalla, de la que dependiera la suerte de todo el reino. Una multitud de bagajes y gente inútil entorpecía los movimientos; el rey y sus cortesanos gastaban el mismo lujo que en Toledo, y el ejemplo de los jefes desmoralizaba a los subordinados. Don Rodrigo estaba recostado en una magnífica litera dorada, puesta en un carro de marfil arrastrado por arrogantes mulas, y en vez de vestir una pesada armadura llevaba un traje de tela de oro, recamado de piedras preciosas. Una muchedumbre de músicos rodeaban el carro real, entonando voluptuosos cánticos y alegres sonatas, y sólo se abrían los labios del soberano para hablar de la completa victoria que contaba ya por segura.

De esta suerte continuó su marcha el rey de los godos, hasta tanto que habiendo llegado a las llanuras de Jerez, se divisó el ejército sarraceno. Rodrigo hizo alto y acampó en aquel sitio, y la mañana siguiente, después de haber arengado a sus tropas, dió la señal de ataque, en cuyo instante resonó por los aires el marcial toque de mil clarines, correspondido por los tambores y añafiles de los moros. Ambos ejércitos se movieron simultáneamente, precipitándose furiosos uno contra el otro, reinando igual ardor entre todos los combatientes, puesto que los supersticiosos temores de los godos se habían casi disipado a vista de la inferioridad numérica de los contrarios, y ya comenzaba a tener por indudable su triunfo. Esta esperanza halagó su valor durante la batalla, la que fué sostenida con igual animosidad por unos y otros; las flechas, los dardos y venablos, formaban una espesa nube, anunciándose por los infinitos ayes y gemidos que se oían por doquiera, los violentos estragos de las armas; pero los quejidos de las víctimas no tardaban en ser sofocados por los gritos de los combatientes y por el fuerte y belicoso sonido de tantos instrumentos. De este modo se sostuvo esta encarnizadísima pelea todo el día, sin que se pronunciara ninguna ventaja hacia uno u otro bando.

Llegada la noche, resolvieron los dos ejércitos entregarse a un necesario reposo, para poder proseguir la lucha al día siguiente. En efecto, al rayar el alba volvió a comenzar la pelea, pero en vez de arrojar flechas y demás proyectiles, siguiendo don Rodrigo el consejo de Pelayo, mandó atacar al enemigo lanza o espada en mano, y precipitándose los numerosos caballeros godos, cubiertos de cotas de malla, en medio de las filas enemigas, hicieron en ellas un horrible destrozo. A la caída de la tarde parecía inclinarse la suerte de las armas a favor de los cristianos, pero la noche puso nuevo término a sus esfuerzos, arrancándoles la ya casi próxima victoria.

El día tercero de esta sangrienta y memorable lucha, confió Rodrigo el mando de un punto muy importante al prelado Oppas y a sus dos sobrinos, quienes hasta la sazón, y por instigaciones de Pelayo, se hallaran en el centro del ejército, en cuyo punto era más difícil de realizar todo plan de traición. Pero alucinado el rey con la fidelidad demostrada durante los dos días anteriores, dió suelta a su generosidad y consintió en la propuesta que hizo don Oppas, de mandar cierta parte del ejército. Desde el principio de la lid llevaron los godos la ventaja, tanto, que temeroso Tarif del resultado de la jornada, hizo los mayores esfuerzos para infundir ánimo a sus tropas, que comenzaban ya a cejar, y deteniendo a los fugitivos, exclamó:

—¿Adónde corréis, mal aconsejados musulmanes? ¿Olvidáis que la mar os corta por la espalda y os imposibilita la fuga?... ¡Seguidme todos e imitad mi ejemplo, buscando la victoria o una muerte gloriosa, coronada con los placeres eternales prometidos a los verdaderos creyentes!

Hablando de este modo, se arrojó en lo más fuerte de la pelea, seguido de sus principales jefes, y habiéndoles secundado los soldados, no tardó en mudarse la faz de las cosas. Aprovechando esta ocasión el traidor Oppas y sus sobrinos, se pusieron en huída, arrastrando consigo la mayor parte de las tropas que mandaban e introduciendo el desorden en todas las filas. Este fué el golpe de muerte para el ejército cristiano; la confusión, el desaliento y el terror ganaron todos los ánimos y la victoria, que ya no fuera dudosa, se vió de repente trocada en una ignominiosa derrota. En vano arengó Pelayo a los soldados..., la jornada estaba perdida y pronto presentó el campo de batalla una escena la más horrenda y lastimera. Desesperado Rodrigo y acalorada su imaginación por aquella inesperada catástrofe, parecióle que veía en las facciones de algunos musulmanes más feroces los mismos rasgos de semblante de las estatuas ecuestres de la caverna mágica; consideró, pues, perdida su corona y al punto le asaltaron todas las angustias de la agonía, al considerar las inmensas calamidades que atrajera sobre su desdichado reino, lo desordenado de su conducta.

Por todas partes donde dirigiera la vista veía sólo la fuga de los soldados, y los gritos de triunfo de los vencedores parecían, a sus oídos, el fatal sonido de una campana de muerte. Arrojó entonces una mirada en torno suyo y vió que la llanura estaba cubierta de cadáveres; las aguas del Guadalete, tintas en sagre de lo más puro y noble de España, se hallaban detenidas por inmensos montones de armas y armaduras de todo género y atestadas de cuerpos de caballos y guerreros. El espectáculo no podía ser más lastimoso, tanto, que perdida ya toda esperanza, el rey a su vez emprendió la fuga. Pero a cada paso se hallaba atascado su carro por los cadáveres de sus mejores súbditos y no tuvo más recurso que montar en su famoso caballo, llamado Orelia, para sustraerse cuanto antes a aquella escena de desolación y sangre. Presentábanse a su imaginación las ideas más tristes y amargas; la vergüenza roía su alma, y lleno de remordimientos y pesares corría por aquella ensangrentada llanura, como un desdichado maldecido de Dios y entregado a cuantas calamidades pueden afligir a un mortal.

Pronto llegó a una eminencia, desde la cual podía verse aún el funesto teatro de la acción. Los últimos rayos del sol, que se ocultaban en el Océano, daban un radiante aspecto al paisaje, que, exceptuando el campo de muerte, estaba del todo tranquilo y sereno. Contemplóle el rey con nueva desesperación, puesto que aquellas hermosas y fertiles comarcas estaban perdidas ya para él, y no veía siquiera una sola pulgada de terreno de que pudiera llamarse dueño. Estremecióse nuevamente al pensar que era causa de la esclavitud que amagaba a su patria, y el temor de caer vivo en poder de sus enemigos añadió mayor desorden a su espíritu. De repente concibió el proyecto de poner fin a sus días, pero habiendo abandonado esta idea e incapaz de soportar el peso de la inquietud que le atormentaba, volvió a emprender su corrida, llevando la esperanza de reunirse con los demás fu-

gitivos, entre los cuales podría hallar quizá a Pelayo, Edeco, Suintila u otro de sus principales nobles y vasallos.

Rendido de cansancio, detúvose por fin al pie de unos árboles muy extraviados y resolvió descansar algunos instantes, dando un poco de reposo a su corcel. Apenas se había sentado, cuando oyó pasos a corta distancia, y volviendo la vista lleno de azoramiento y terror, vió a un hombre que se dirigía hacia él. Al momento quedó desvanecido su espanto, puesto que aquel hombre era un godo y el más leal de los caballeros españoles—era Pelayo—. El asombro que causó a ambos primos su mutuo encuentro corrió parejas con la tristeza y desconsuelo.

—¡Ay, Rodrigo, desdichado rey!—exclamó Pelayo, que contara ya por muerto a su soberano—. ¡En qué estado tan lastimoso os encuentro!

—No me llaméis rey, Pelayo; esta desventurada jornada ha puesto fin a mi poder.

—Sin embargo, vivís aún, don Rodrigo, y el cielo no abandonará a los cristianos. La justa cólera que le inspiraran vuestras faltas, debe haberse aplacado a vista de la desgracia que os agobia.

Pelayo había sido de los últimos que abandonaran el campo de batalla, y estaba convencido plenamente de que el rey había muerto en la pelea. En efecto, su carro se hallaba vacío, tirado entre mil cadáveres; y a pesar de repetidísimas preguntas, nadie había sabido decirle qué fuera de don Rodrigo. ¡Pero en qué deplorable situación le volvió ahora a encontrar! No era ya, como poco antes, un mozo cubierto de galas y adornos, entregado a los estrepitosos placeres de su corte, radiante de gozo, circundado de lisonjeros cortesanos, dueño absoluto de un reino poderoso y rico, jefe de un numeroso séquito de caballeros, la flor de un ejército formidable y esforzado... El desdichado mancebo, a quien tenía Pelayo ante sí, era un rey solo y desamparado, rendido de fatiga, víctima de los remordimientos de su corazón y agobiado con los tristes recuerdos de su pasada gloria y grandeza. Sus cabellos sueltos y desordenados estaban llenos de sangre; sus ojos denotaban el estupor; su rostro se mostraba cárdeno y abatido, los vestidos se hallaban rotos y salpicados de barro; en fin, todo su exterior y hasta su misma barba de que antes tuviera tan cuidadoso esmero y que ahora se veía mesada y cubierta de inmundos cuajarones de sangre, ofrecía la lección más severa y terrible que pueda darse a los inicuos potentados de la tierra.

Contempló Pelayo silenciosamente el doloroso espectáculo que tenía a la vista, hasta tanto que el rey le dijo con tono calmoso y grave:

—Huye, Pelayo; sólo tú puedes aún sostener en parte el imperio perdido para los godos. Tú eres objeto de la estimación general y el mejor punto de mira que puedan hallar los cristianos en su lamentable situación. En cuanto a mí, si el cielo prolonga aún mis días, haciéndolos sobrevivir a esta desastrosa jornada, sepultaré su miserable resto en las sombras de un remoto claustro... Parte, pues, querido Pelayo, el interés de nuestra patria exige que te muestres obediente a mis últimas órdenes.

—¡Cómo, señor!—exclamó Pelayo—. ¿Y creéis que os dejaría abandonado de este modo, a la saña de vuestros enemigos?

—Yo quisiera seguirte, Pelayo; pero mis fuerzas no me lo permiten..., no temas por mi vida..., la noche va cerrando y sus tinieblas me protegerán. Es probable que corra menos riesgo en este solitario retiro, que no si me aventurara en caminos más frecuentados, que ahora estarán llenos de prófugos y enemigos. Parte, pues, repito, y mañana me hallarás en el monasterio de Jerez.

Pelayo conoció que, en efecto, se hallaba el rey en tal estado de cansancio, que le era imposible correr con la celeridad necesaria para libertarse de manos de los infieles. Además, el sitio en que ahora se hallaba era muy recóndito y desviado; por consiguiente, habiendo formado el designio de ir en busca de algunos godos que pudieran proteger la retirada del rey, se despidió de Rodrigo, ofreciéndole que en breve volvería a verle.

Pero apenas se hubo marchado el animoso Pelayo, cuando asaltaron al rey los más sombríos y temibles presentimientos. Se persuadió de que ya no volvería a ver a su deudo, y una multitud de ideas, a cual más siniestra, embargaron su angustiada imaginación. Cediendo, por fin, a la impaciencia e inquietud, resolvió salir de su guarida, por más que así pudiese caer en manos de sus contrarios, y se encaminó hacia un bosquecillo que estaba allí inmediato. Mas apenas hubo entrado en él, comenzó a oir ruido de pasos de caballos, y no tardó en divisar una tropa de guerreros que, parando en la ladera del bosque, se dispusieron para apearse de sus monturas. Pusiéronse luego a hablar entre sí, y Rodrigo conoció lleno de consternación que era objeto de la conversación de aquellos malvados.

—Si no nos han engañado—dijo uno de ellos en lengua gótica—debe hallarse hacia este lado, y tal vez se haya escondido en el bosque.

—Pronto vendrán a reunírsenos los moros—razonó otro con tono de triunfo—. Así, pues, rodeemos el bosquecillo, y entren algunos hombres a reconocerlo... No sea dicho que el tirano nos escape... a Dios gracias, está colmada la medida de sus iniquidades y mi venganza quedará plenamente satisfecha.

Extremecióse el rey de indignación al reconocer al conde don Julián en la persona que así hablaba. La posición de don Rodrigo era crítica en extremo; el perverso magnate le perseguía a la cabeza de una numerosa hueste de sus parciales, y si bien el desventurado monarca no temía una muerte que habría recibido impávido de manos de Tarif o cualquiera otro capitán sarraceno, sin embargo, se transportaba de ira, al solo pensamiento de sucumbir víctima de un vasallo traidor, que aún le befara en los últimos momentos de su vida. La crisis no se hizo esperar: algunos soldados del conde que entraron en la floresta, descubrieron al triste perseguido, y sus bravíos gritos de gozo anunciaron al resto de la tropa el feliz éxito de su empresa.

—¡Aquí está, aquí está!—gritó uno de los guerreros al reconocer al rey—. Pronto, pronto, avisad al conde...

Ninguna esperanza quedaba al desventurado Rodrigo; pero a medida que se empeoraba su posición iba recobrando la suficiente energía para tentar un último esfuerzo. Levantándose presuroso de su escondite, echóse de un brinco sobre Orelia, y deshaciéndose de tres o cuatro sayones que se le oponían, trató de salirse del bosque para defenderse mejor en campo raso, o a lo menos para vender más cara su vida. Sin embargo, apenas hubo salido de la espesura, vió que un gran número de guerreros godos y sarracenos guardaban todas sus salidas, y parecía como que esperaran ahincadamente el momento de apoderarse de su persona. Al propio tiempo se presentó a su vista el detestable conde don Julián.

—¡Déspota vil e infame!—exclamó con un terrible acento de gozo—. ¡Por fin estás en poder mío!... Reconoce ahora al padre deshonrado de la indigna y sin ventura Florinda... Recuerda mis amenazas y juzga de si he sabido realizarlas... Tu ruina no puede ser más completa... has perdido tu reino y te agobian las maldiciones de toda una nación... ya sólo falta que pagues con la vida, y ésta es una satisfacción que el conde don Julián no cederá a persona alguna.

En esto atacó al rey lleno de ira y furor; Rodrigo reunió todas sus fuerzas, y secundados sus deseos por la rabia y el resentimiento que le animaban, hizo conocer al perverso conde que se medía con un enemigo que no le cedería tan fácilmente el triunfo... El combate se prolongó y por algún rato se hizo dudoso su éxito... Don Julián tiró una estocada que el rey quitó con gran destreza, causando al mismo tiempo una herida que habría sido fatal al padre de Florinda a quedarle al rey tantas fuerzas como presencia de ánimo... mas su vigor disminuía por instantes, y el conde, que así lo vió, se aprovechó diestra-

mente de esta ventaja para redoblar sus golpes. Rodrigo se hallaba ya casi exánime... Dirigióle entonces el conde una nueva estocada y el desdichado rey de los godos cayó a los pies de su corcel.

A esta vista arrojaron los espectadores de tan sangrienta escena unos feroces gritos de alegría. Rodrigo, aunque mortalmente herido, no había expirado todavía... Apeóse, pues, su implacable enemigo, e hincando el pie en el cuerpo de su rey, comenzó a proferir las expresiones más ultrajantes y duras, haciendo de esta suerte harto más amargos los últimos momentos de su víctima.

—¡Rodrigo, Rodrigo!—exclamaba con acento horrible—, ya ves a qué estado de degradación te ha reducido la injuria que osaste hacer al conde don Julián... ¡Muere, maldito de los hombres y abandonado de Dios... muere y desciende al abismo a que te han precipitado tus crímenes!

—No te cebes tanto en tu triunfo, conde don Julián—respondió el moribundo rey—, sabe que no muero desesperado, pues por grandes que hayan sido mis faltas, el castigo que ahora recibo aplacará la cólera celeste... Quien merecerá mayores penas es el traidor a su patria y a su rey; sobre su cabeza caerá la maldición con que tú me estás amenazando... y hasta la más lejana posteridad no habrá un solo hijo de España que no pronuncie lleno de terror el nombre del conde Julián.

Atendió el conde estas palabras con toda la impaciencia de la ira, pues no podía ocultársele su exactitud, y ahora que ya estaba saciado su infernal furor, roía crudamente su alma el punzante aguijón de los remordimientos. Sumido en un sombrío estupor, contempló los progresos que hacía la muerte en el semblante de su víctima; poco a poco la palidez del sepulcro fué esparciéndose por la frente y mejillas del infeliz rey, haciendo un lúgubre contraste con la sangre que le cubría. Su brazo estaba aletargado, sus ojos casi cerrados... por último, se observó una ligera convulsión en sus facciones, siguióse un ahogado gemido, y el último rey de los godos cesó de existir. La muerte suele poner término a los enconos; así es que aquellos mismos caballeros que habían peleado contra Rodrigo, no pudieron menos de compadecerse de un rey a quien así habían vendido, sólo por auxiliar los proyectos de un arrogante magnate. El espectáculo de la muerte tiene en sí cierto viso de solemnidad y ternura, que acalla los sentimientos más hostiles: el conde don Julián fué testigo de esta verdad; pero tanto él como sus perversos cómplices no tardaron en ser arrancados de su meditación por sus aliados los moros, quienes se presentaron para despojar al real cadáver. Tomáronle su precioso y riquísimo sable, y todas las demás joyas que llevaba encima, haciéndole sólo gracia de sus vestidos, puesto que se hallaban destrozados y manchados de sangre, que en nada tentaron su rapiña.

Pero no se olvidaron de lo que parecía la prenda más preciosa e importante de su victoria, el despojo que más realzaba su triunfo. Cortaron la cabeza del difunto rey, claváronla en la punta de una pica y llevaron a Tarif este sangriento trofeo. El general sarraceno la hizo embalsamar, y luego la envió en presente al califa de Damasco.

Entre las diversas personas atraídas al campo de batalla, la mañana siguiente a esta catástrofe, se hallaba una joven cuyo traje y apariencias desvanecían toda idea de que la llevase ningún deseo de codicia. Su traza era graciosa y noble, y su rostro, aunque muy abatido por el dolor, se mostraba, sin embargo, bellísimo en extremo. Divagaba incierta por entre los montones de armaduras y cadáveres, ocupada sólo de un exclusivo objeto que parecía absorber todas sus facultades. Era tanta la sangre que inundara aquella llanura, que sus pies se deslizaban a cada paso, poniéndola en contacto con unos objetos tan asquerosos, que en otras ocasiones la habrían hecho retroceder llena de horror. Pero parecía que aquel tremendo espectáculo no ejercía ninguna influencia en ella; su ánimo estaba tan preocupado, que la muerte que por doquiera se le ofrecía, no le causaba la menor impresión.

Esta joven era la culpable a la par que desdichada Florinda. Sí, Florinda era la dama que así divagaba por aquel campo de muerte, cubierto de tantos millares de víctimas que expiaran la falta por ella cometida. Causa primera de semejante escena, de desolación y llanto, recorría impávida su teatro, sin excitar siquiera la atención de algunos seres despreciables, que se hallaban despojando a los muertos o moribundos. ¡Pobre Florinda! ¿Qué pena fué nunca igual a la tuya? Agobiada con la maldición paterna, objeto del odio general, blanco de la execración de todo tu sexo, aún te queda que sufrir la dura prueba a que te somete tu amor: la desesperación y los remordimientos.

A despecho de la injuria de que había sido víctima, del espíritu de venganza a que se había entregado y del rencor que profesaba a don Rodrigo, dominaba a Florinda el amor más vehemente que pueda abrasar a mujer alguna. En tanto que durara la pelea, había temblado a cada paso por la vida de aquel cuya perdición deseó con tanto ahinco, devorándola la mayor inquietud por la seguridad del hombre, autor de su ruina e ignominia.

Era ya muy de noche cuando supo el resultado del combate, pero apenas amaneció el siguiente día, se dirigió presurosa al campo de batalla, para proporcionarse el triste consuelo de ver aún una sola vez a aquel a quien profesó tanto amor, o tanto odio, según ella pensaba. La noticia de su muerte andaba divulgada entre todos, pero como había mil diversas versiones acerca del modo cómo se verificara, resolvió averiguar por sí misma lo que había en ello de verdad.

Erale indiferente el mundo entero; hacia cualquier lado que dirigiese la vista, sólo se le ofrecían imágenes de dolor, vergüenza y amargura, hallando únicamente odio e indignación donde esperara encontrar piedad y consuelo. Había abandonado un techo en que ya no reinaba la ternura paterna, y evitaba con grande esmero cuantos lugares podían recordarle los pasados momentos de una felicidad que ya no le era dado volver a gozar, y unos pesares que debían prolongarse con su vida. Entregada a semejante turbación y horror, comenzó a recorrer la fatal y sangrienta llanada, tropezando con frecuencia con los inanimados cadáveres de mil jóvenes adalides, que fueran un día ornamento de la corte de su rey y amante. Pero a pesar del abatimiento que necesariamente debía agobiarla, no por esto desistía la triste Florinda de la dura y penosa tarea que se había impuesto, por más que comenzara ya a condolerse de lo infructuoso de sus tentativas, y que su cuerpo rendido de cansancio no la secundara tanto como hubiera deseado. Por fin descubrió el ebúrneo carro de Rodrigo, ahora roto, abandonado y cubierto de sangre. A su vista arrojó un agudísimo grito, y persuadida de que iba a hallar también el cuerpo del desdichado rey, púsose a examinar con mayor detenimiento todos los cadáveres que cubrían aquel sitio fatal. Halló allí gran número de semblantes que le eran bien conocidos, pero no pudo reconocer lo que buscaba. Encontrábase a la sazón en un extremo del campo de batalla, e interrogando a un pastor, la dijo éste que el día pasado, después de la pelea, un caballero, cuyas señas concordaban con las de don Rodrigo, le había preguntado qué camino debía tomar para librarse del peligro.

Al momento animó a Florinda un vivo rayo de esperanza, y sin esperar mayores informes, se encaminó hacia la parte que le fuera designada; pero pronto quedó desvanecida su ilusión, con el relato que le hizo un mendigo que estaba despojando el cuerpo de uno de los cortesanos del monarca. Díjola que Rodrigo se había ahogado al querer atravesar el Guadalete, para sustraerse a los moros. Sin tardanza llevó la joven sus pasos hacia el río, cuyas ondas conservaban todavía el color de sangre que las tiñera la víspera... Acercóse trémula y vacilante, y dirigió la vista a derecha e izquierda temerosa de hallar lo

que anhelaba...; pero ¡cuál fué su horror al divisar a corta distancia de las aguas la corona del rey y un pedazo de manto real, tan cubierto de lodo y sangre que apenas podia reconocerse!

Persuadida de la veracidad de la relación que había oído, entregóse Florinda a la más negra aflicción. Sus ojos se anegaron en llanto, y sus convulsivos suspiros y la violencia de su dolor, la tuvieron muda e inmóvil durante algunos instantes. Rompiendo por fin su silencio, exclamó con acento tierno y apasionado: —¡Oh, Rodrigo, Rodrigo! ¡Conque será cierto que se haya perdido toda esperanza para mí! ¡Será verdad que ya hayas dado cuenta de tus acciones, llevando la maldición de aquellos a quienes ultrajaste!... ¡Qué felicidad la mía si hubiese podido volverte a ver un solo instante!... ¡Dios perdone tu alma... Dios perdone tus faltas, cual perdono yo las que cometiste para conmigo!

La angustia y congoja que la atormentaba, no le permitió proseguir más sus lamentos. Imprimió un doloroso beso a los ensangrentados restos del manto que vistiera su amante, y se alejó presurosa de aquel lugar de aflicción. Ignórase cuál fué su suerte, siendo hasta ahora un secreto impenetrable si acabó sus días en la penitencia, o los sepulto desesperada en las aguas del Guadalete; pero de todos modos es cosa averiguada que desde aquella funesta época jamás ha vuelto a pronunciarse en España el nombre de Florinda o la Cava, sin excitar un profundo sentimiento de lástima e indignación.

Tarif y sus victoriosas huestes ocuparon en breve casi toda España, dándose principio a una larga serie de guerras, devastación y llanto.

La cabeza del desventurado rey fué enviada a Damasco, siendo ofrecida a la vista del pueblo en una de las puertas del palacio de los Califas. De este modo sucumbió con Rodrigo el poderoso imperio godo; la España entera no tardó en ser dividida en gran número de estados independientes, unos moros, otros cristianos, quienes se mantuvieron en constante y recíproca pugna, hasta tanto que por los perseverantes esfuerzos de los antiguos habitantes del país quedó reunida toda la península bajo una sola y única corona.